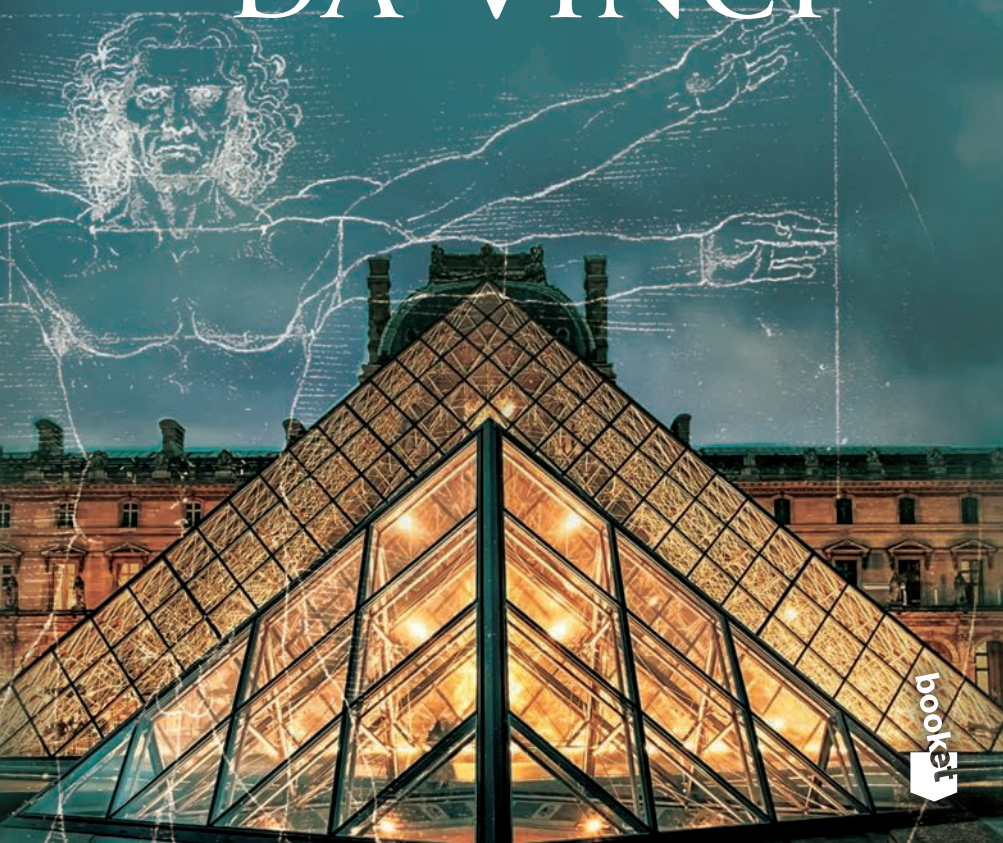


DAN BROWN

EL CÓDIGO DA VINCI



DAN BROWN

EL CÓDIGO DA VINCI



Firmado digitalmente por Dan Brown

Traducción de Claudia Conde y M.^a José Díez



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Da Vinci Code*

© Dan Brown, 2003

© por la traducción, Claudia Conde y M.^a José Díez, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010, 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Revisión del texto: Lourdes Martínez López

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Stockbym / Adobe Stock y Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio 2010

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 14.080-2025

ISBN: 978-84-08-30793-8

Impreso en España

CAPÍTULO 1

Robert Langdon despertó con parsimonia.

En la oscuridad sonaba un teléfono, un ruido metálico, desconocido. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Al escrutar la estancia con los ojos entornados, vio una lujosa habitación renacentista con mobiliario Luis XVI, paredes con frescos pintados a mano y una colosal cama de caoba con dosel.

«¿Dónde demonios estoy?»

El albornoz de jacquard que colgaba de una de las columnas de la cama lucía un monograma: «Hotel Ritz París».

Poco a poco, la niebla comenzó a disiparse.

Langdon cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿Señor Langdon? —inquirió una voz de hombre—. Espero no haberlo despertado.

Aturdido, miró el reloj de la mesilla: eran las 0.32. Sólo había dormido una hora y estaba hecho unos zorros.

—Soy el recepcionista, señor. Le pido disculpas por la intromisión, pero tiene usted visita. E insiste en que es urgente.

Langdon aún se sentía confuso. «¿Visita?» A continuación reparó en una arrugada tarjeta que descansaba en la mesilla.

LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA DE PARÍS

tiene el honor de presentar

UNA VELADA CON ROBERT LANGDON,

PROFESOR DE SIMBOLOGÍA RELIGIOSA

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Langdon soltó un gruñido. La conferencia de esa tarde —una disertación con diapositivas sobre el simbolismo pagano oculto en las piedras de la catedral de Chartres— posiblemente hubiese molestado al público más conservador. Lo más probable era que algún experto en religión lo hubiese seguido hasta el hotel para buscar pelea.

—Lo siento —se excusó—, pero estoy muy cansado y...

—*Mais, monsieur* —insistió el recepcionista, ahora en un susurro apremiante—. Su invitado es un hombre importante.

A Langdon no le cabía la menor duda. Sus libros sobre pintura y simbología religiosas lo habían convertido, muy a su pesar, en una celebridad dentro del mundo del arte, y el año anterior su notoriedad se había visto centuplicada tras verse involucrado en un incidente en el Vaticano que había tenido una gran repercusión mediática. Desde entonces, la avalancha de historiadores prepotentes y aficionados al arte que llamaban a su puerta parecía interminable.

—Si es usted tan amable —propuso Langdon, procurando no perder la educación—, ¿le importaría anotar el nombre y el número de teléfono de ese hombre y decirle que intentaré llamarlo antes de que me vaya de París el martes? Gracias. —Colgó antes de que el otro pudiera poner objeciones.

Ahora incorporado, Langdon frunció el ceño al ver el libro que descansaba sobre la mesilla. Se trataba del *Libro de oro* del hotel, cuya cubierta alardeaba: «Duerma como un niño en la Ciudad de la Luz. Sueña en el Ritz de París». Volvió la cabeza y miró con cansancio el espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la es-

tancia. El hombre que le devolvía la mirada era un extraño, despeinado y exhausto.

«Necesitas unas vacaciones, Robert.»

El año anterior le había pasado factura, pero no le hacía ninguna gracia ver la prueba de ello en el espejo. Esa noche sus ojos, por lo común de un azul intenso, estaban opacos y ojerosos. Una oscura barba incipiente le cubría la poderosa mandíbula y el mentón, en el que se distinguía un hoyuelo. Por las sienes avanzaban las canas, adentrándose cada vez más en su mata de grueso cabello negro. Aunque sus compañeras aseguraban que las canas no hacían sino acentuar su atractivo de ratón de biblioteca, Langdon no opinaba lo mismo.

«Si me vieran ahora los del *Boston Magazine*...»

El mes anterior, para bochorno suyo, la revista *Boston Magazine* lo había incluido en su lista de las diez personas más misteriosas de la ciudad, un dudoso honor que lo convirtió en el blanco de un sinfín de burlas por parte de sus compañeros de Harvard. Esa tarde, a casi cinco mil kilómetros de su casa, dicha distinción había resurgido para atormentarlo en la charla que había dado.

—Señoras y caballeros... —anunció la anfitriona ante la multitud que abarrotaba el pabellón Dauphine, en la Universidad Norteamericana de París—. Nuestro invitado de esta tarde no precisa de presentación. Es el autor de numerosos libros, como *La simbología de las sectas secretas*, *El arte de los illuminati* o *El lenguaje perdido de los ideogramas*. Y si les digo que escribió el Libro, con mayúscula, sobre iconografía religiosa, no lo digo por decir. Muchos de ustedes utilizan en clase sus libros de texto.

Los estudiantes que habían acudido al acto asintieron con entusiasmo.

—Esta tarde pensaba presentarlo compartiendo con ustedes su impresionante currículum, sin embargo... —lanzó una mirada traviesa a Langdon, que estaba sentado en el estrado—, uno de los asistentes acaba de pasarme un material mucho más... enigmático, por decirlo de alguna manera.

La mujer sostuvo en alto un ejemplar del *Boston Magazine*.

Langdon no sabía dónde meterse. «¿De dónde demonios lo habrá sacado?»

A continuación, la anfitriona comenzó a leer pasajes extraídos de aquel artículo inane, y Langdon sintió que se hundía más y más en su asiento. Treinta segundos después, el público sonreía, y la mujer no daba muestras de ir a detenerse.

—Y la negativa del señor Langdon a comentar públicamente el inusitado papel que desempeñó en el cóncave que se celebró el año pasado en el Vaticano sin duda hace que sume puntos en nuestro enigmatómetro. —La mujer espoléó al público asistente—. ¿Les gustaría oír más?

La multitud aplaudió.

«Que alguien la pare», rogó Langdon mientras ella volvía a meterse de lleno en el artículo.

—Aunque es posible que al profesor Langdon no se lo considere un monumento, a diferencia de algunos de nuestros galardonados más jóvenes, este intelectual cuarentón posee su buena ración de atractivo. Su subyugadora presencia se ve realzada por una voz de barítono inusitadamente grave y potente que, según sus estudiantes femeninas, es como «terciopelo en los oídos».

La sala prorrumpió en una sonora carcajada, y Langdon sonrió torpemente. Sabía lo que iba a continuación: una ridícula frase sobre «Harrison Ford con *tweed* de Harris», y dado que esa tarde había imaginado que por fin podría volver a llevar su traje de *tweed* de la isla de Harris y su jersey de cuello alto de Burberry, decidió tomar medidas.

—Gracias, Monique —intervino mientras se ponía de pie antes de tiempo y la apartaba del atril—. Es evidente que a los responsables del *Boston Magazine* se les da bien la ficción. —Se volvió hacia el público exhalando un suspiro incómodo—. Si descubro quién de ustedes ha sido el que ha facilitado el artículo, haré cuanto esté en mi mano para que el consulado lo deporté.

La multitud prorrumpió en carcajadas.

—En fin, como todos ustedes saben, estoy aquí esta tarde para hablar del poder de los símbolos...

El teléfono del hotel rasgó una vez más el silencio.

Refunfuñando, sin dar crédito, Langdon lo cogió.

—¿Sí?

Tal y como era de esperar, se trataba del recepcionista.

—Señor Langdon, le pido disculpas de nuevo. Llamo para informarlo de que su visita va de camino a su habitación. Pensé que debía avisarlo.

Ahora estaba completamente despierto.

—¿Lo ha enviado a mi habitación?

—Mis disculpas, señor, pero un hombre así... No me he atrevido a impedírselo.

—Pero ¿de quién se trata?

Sin embargo, el hombre ya había colgado.

Casi en el acto, un pesado puño descargó su fuerza en la puerta de Langdon.

Inseguro, éste se levantó de la cama, sintiendo que sus pies se hundían profundamente en la alfombra de Savonnerie. Se puso el albornoz del hotel y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Langdon? Tengo que hablar con usted. —El hombre hablaba un inglés con acento, un vozarrón áspero y autoritario—. Soy el teniente Jérôme Collet, de la Dirección General de la Policía Judicial.

Langdon vaciló. «¿La policía judicial?» La DGPI venía a ser el equivalente del FBI estadounidense.

Sin retirar la cadena de seguridad, abrió un tanto la puerta. El rostro que vio era delgado y pálido; el hombre al que correspondía, extraordinariamente flaco, vestía un uniforme azul que parecía oficial.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

Langdon titubeó, inseguro, mientras los amarillentos ojos del extraño lo escudriñaban.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mi jefe necesita su ayuda en un asunto privado.

—¿Ahora? —consiguió decir él—. Es más de medianoche.

—Si no me equivoco, usted tenía pensado reunirse con el conservador del Louvre esta noche. ¿Es así?

Langdon sintió una repentina desazón. Él y el venerado conservador Jacques Saunière iban a verse esa noche, después de la conferencia, para tomar una copa, pero el anciano no se había presentado.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Encontramos su nombre en su agenda.

—¿Sucedó algo?

El policía suspiró profundamente y deslizó una Polaroid por la estrecha abertura de la puerta.

Cuando Langdon vio la foto, todo su cuerpo se tensó.

—Esta fotografía fue tomada hace menos de una hora. En el Louvre.

Mientras contemplaba la extraña imagen, la repugnancia y la conmoción que sintió en un principio dieron paso a un repentino acceso de ira.

—¿Quién ha podido hacer esto?

—Esperábamos que usted pudiera ayudarnos a responder a esa pregunta, habida cuenta de sus conocimientos de simbología y de su intención de reunirse con monsieur Saunière.

Langdon clavó la vista en la instantánea, el horror ahora teñido de miedo. La imagen era truculenta y profundamente extraña, y generó en él una inquietante sensación de *déjà vu*. Hacía poco más de un año, Langdon había recibido la fotografía de un cadáver junto con una petición similar de ayuda. Veinticuatro horas más tarde había estado a punto de perder la vida en la Ciudad del Va-

ticano. La que tenía delante era una foto completamente distinta y, sin embargo, algo en ella le resultaba desconcertantemente familiar.

El teniente consultó su reloj.

—Mi jefe nos espera, señor.

Langdon apenas lo oyó, sus ojos seguían fijos en la imagen.

—Este símbolo de aquí, y el cuerpo en esa extraña...

—¿Postura? —propuso el policía.

Langdon asintió; un escalofrío le recorrió la espalda cuando alzó la cabeza.

—Soy incapaz de imaginar quién puede haber hecho algo así.

El policía se demudó.

—Me parece que no lo entiende, señor Langdon. Lo que ve en esta fotografía... —Hizo una pausa—. Se lo hizo el propio monsieur Saunière.

CAPÍTULO 2

A menos de dos kilómetros de allí, el enorme albino llamado Silas cruzó cojeando la verja de la lujosa residencia de la rue La Bruyère. El cinturón con pinchos que llevaba sujeto al muslo le hería la carne y, sin embargo, su alma cantaba satisfecha las alabanzas al Señor.

«El dolor es bueno.»

Sus ojos rojos escrutaron el vestíbulo al entrar: desierto. Subió la escalera sin hacer ruido, pues no quería despertar a los otros numerarios. La puerta de su cuarto permanecía abierta: allí estaban prohibidos los cerrojos. Entró y cerró tras de sí.

La habitación era espartana: suelo de madera, una cómoda de pino y una estera que hacía las veces de cama en un rincón. Esa semana se alojaba allí en calidad de visitante, y durante muchos años había tenido la suerte de contar con un santuario parecido en Nueva York.

«El Señor me ha dado refugio y ha dotado de sentido mi vida.»

Esa noche, por fin, Silas tenía la sensación de que había empezado a saldar su deuda. Tras ir directamente hasta la cómoda sacó el móvil, oculto en el cajón inferior, y efectuó una llamada.

—¿Sí? —repuso una voz de hombre.

—Maestro, ya he vuelto.

—Habla —exigió la voz, a la que parecía agradar tener noticias tuyas.

—Los cuatro están fuera de juego, los tres senescales... y el gran maestro.

Se produjo un momento de silencio, como si el otro orase.

—En tal caso imagino que tienes la información.

—Los cuatro me dijeron lo mismo. Cada uno por su lado.

—Y ¿los creíste?

—Lo que me revelaron era demasiado importante como para que se tratase de una mera coincidencia.

Se oyó una respiración agitada al otro lado del teléfono.

—Excelente. Temía que la fama de hermetismo de la hermandad se impusiera.

—Enfrentarse a la muerte es un gran acicate.

—Bien, discípulo, dime, pues, lo que debo saber.

Silas era consciente de que la información que había recabado de sus víctimas conmocionaría a su maestro.

—Maestro, los cuatro confirmaron la existencia de la *clef de voûte*..., la legendaria clave de bóveda.

Oyó que su interlocutor contenía la respiración al otro lado del aparato y notó su entusiasmo.

—La clave. Justo como sospechábamos.

Según la leyenda, la hermandad había creado un mapa de piedra —una *clef de voûte*, o clave de bóveda—, una dovela que desvelaba el paradero definitivo del mayor secreto de la hermandad, una información tan poderosa que la mera existencia de dicho grupo tenía por finalidad su protección.

—Cuando tengamos la clave, sólo estaremos a un paso —aseguró el Maestro.

—Estamos más cerca de lo que cree. La clave se encuentra aquí, en París.

—¿En París? Increíble. Casi parece demasiado sencillo.

Silas relató lo acaecido hacía unas horas, cómo sus cuatro víctimas, poco antes de morir, habían intentado comprar desesperadamente su pecaminosa vida utilizando el secreto como moneda

de cambio. Todos ellos le habían dicho exactamente lo mismo: que la clave se hallaba a buen recaudo en una de las antiguas iglesias de París, en la iglesia de Saint-Sulpice.

—¡En la casa del Señor! —exclamó el Maestro—. Qué manera de burlarse de nosotros.

—Como llevan siglos haciendo.

El Maestro enmudeció, como para asimilar el triunfo del momento, y al cabo dijo:

—Has prestado un servicio inestimable a Dios. Llevamos siglos esperando esto. Ahora tienes que traerme esa piedra. Inmediatamente. Esta noche. Ya sabes lo que hay en juego.

Obviamente Silas sabía lo mucho que había en juego; sin embargo, lo que el Maestro le pedía parecía imposible.

—Pero esa iglesia es un lugar inexpugnable. Sobre todo de noche. ¿Cómo voy a entrar?

Con la seguridad del que se sabe influyente, el Maestro explicó lo que había que hacer.

Cuando colgó, el albino sintió un hormigueo en la piel.

«Una hora», se dijo, agradecido porque el Maestro le hubiese dado tiempo para hacer la necesaria penitencia antes de entrar en la casa de Dios. «Debo purgar mi alma de los pecados de hoy.» El propósito de los pecados que había cometido ese día había sido sagrado. Durante siglos se habían librado acciones de guerra contra los enemigos del Señor; el perdón estaba asegurado.

Aun así, Silas sabía que la absolución exigía sacrificio.

Tras bajar las persianas, se despojó de la ropa y se arrodilló en medio del cuarto. A continuación bajó la vista y examinó el cilicio que llevaba al muslo. Todos los verdaderos seguidores de *Camino* utilizaban dicho cinturón: una correa de cuero sembrada de puntiagudos pinchos metálicos que laceraban la carne para no olvidar nunca el sufrimiento de Cristo. El dolor que

ocasionaba, asimismo, servía para refrenar las pasiones de la carne.

Aunque ese día ya lo había llevado más de las dos horas de rigor, sabía que ése no era un día como los demás. Así pues, cogió la hebilla y apretó un poco más la correa, haciendo una mueca de sufrimiento cuando los pinchos se le clavarón más aún en la carne. Tras expulsar el aire despacio, saboreó el ritual purificador del dolor.

«El dolor es bueno», musitó, repitiendo el sagrado mantra del padre José María Escrivá, maestro de maestros. Aunque Escrivá había muerto en 1975, sus sabias palabras perduraban, susurradas aún por miles de fieles seguidores en todo el mundo cuando se postraban de rodillas y llevaban a cabo la sagrada práctica conocida como «mortificación corporal».

Después Silas centró la atención en una cuerda con nudos que descansaba en el suelo, a su lado, debidamente enrollada. «Las disciplinas.» Los nudos estaban recubiertos de sangre coagulada. Ansioso por experimentar los purificadores efectos de su propia agonía, pronunció una oración deprisa y corriendo y, a continuación, tras agarrar un extremo del flagelo, cerró los ojos y se golpeó con fuerza la espalda, sintiendo el azote de los nudos. Luego repitió la operación, hiriendo su carne una y otra vez.

«Castigo corpus meum.»

Finalmente notó que la sangre empezaba a manar.